

TEATRO

Jaume Melendres

Casi nada por aquí, casi nada por allá

Título: «L'aperitiu».

Estreno: Teatro Romea, 22-VI-79

Intérprete: Albert Vidal, Marisa Soler, Toni Jodar y Carles Santos al piano.

Música: Carles Santos.

Vestuario: Miquel Faura.

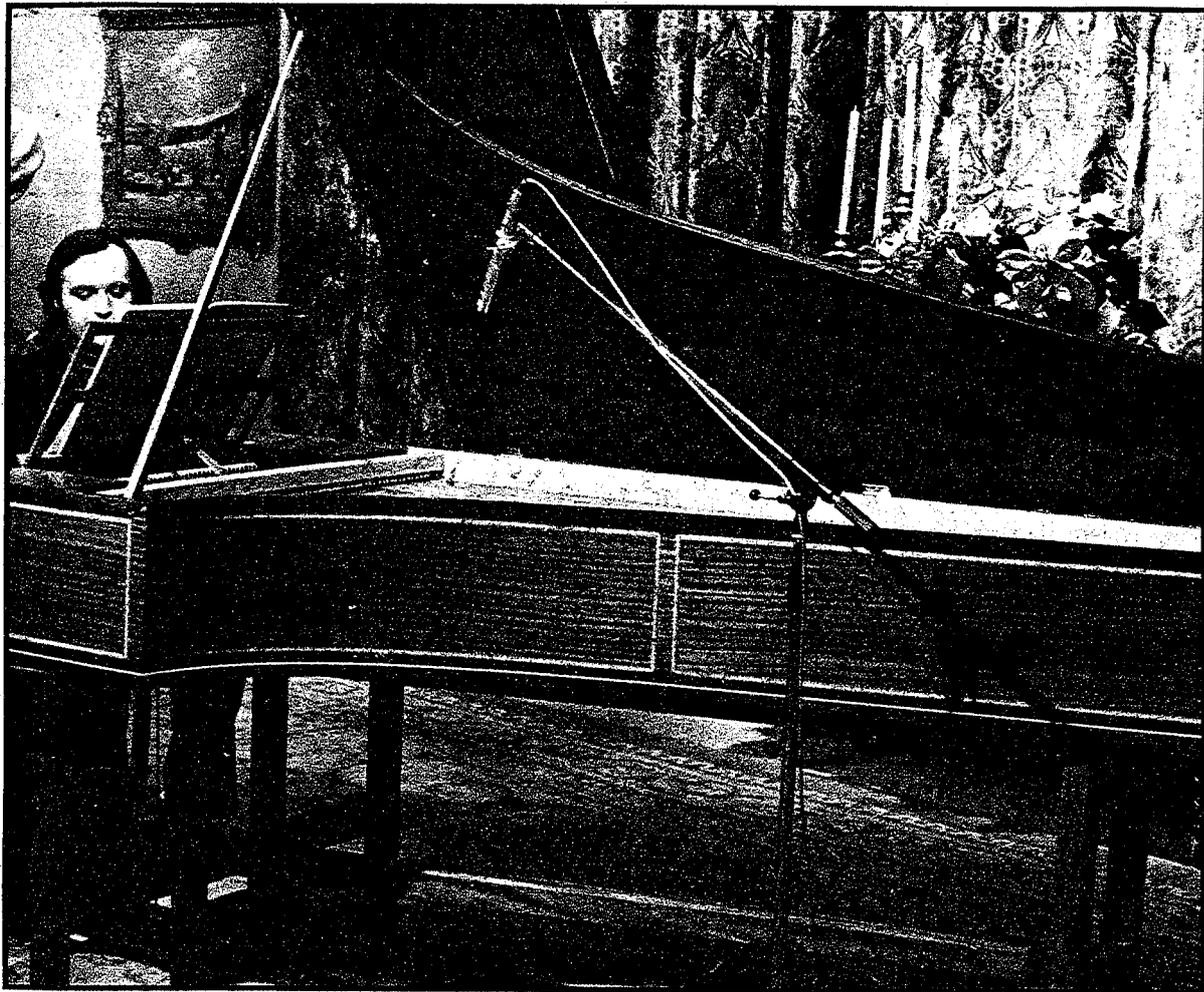
Espacio: Enric Pladevall.

Este espectáculo mimo-musical que ha concebido Albert Vidal con el concurso de Carles Santos, pianista de ágiles dedos y grandes curiosidades, muestra sus insuficiencias en el tipo de reacciones que suscita.

La crítica se cree obligada a encontrar alguna significación simbólica a esta pareja de muñecos que se acerca a un salón rosa cualquiera para tomar su aperitivo, atendida servicialmente por un camarero igualmente mecanizado y lento, y moviéndose, todos ellos, bajo el hechizo imperativo de un Carles Santos situado, con su piano de cola, a la altura escénica de los dioses griegos. ¿Qué hay detrás de esto? ¿Qué mensaje profundo nos envían estos hombres-muñecos aquejados de interminentes pausas?

Cuando la crítica, en vez de analizar o justificar sus gustos, comienza a filosofar debe entenderse que algo anda mal en un espectáculo. No da para más, y se le trata como si fuese un ensayo de Sartre o un texto teatral leído. La crítica, cuando no sabe qué hacer, o bien cuenta un chiste o bien filosofa. Dada la evolución del arte en general y del dramático en particular, ya no le queda ni siquiera el recurso de enfadarse. Resulta muy arriesgado, y ningún periódico paga lo bastante bien como para vivir peligrosamente.

Pero el público, la noche del estreno, comprendió perfectamente que se trataba de un espectáculo provocador y que lo correcto era mostrar su disconformidad. Los primeros diez minutos (o tal vez cinco) de total inmovilidad y de silencio total tenían, al menos, la virtud de ser un gran guiño. En consecuencia, algún espectador hizo chasquear la lengua con notables imposiciones palatales; inventó, una vez más, el beso-tornillo; supo



Un espectáculo con poca cola

ser víctima de súbitos resfriados y asma impenitentes.

Lo grave es que se trataba de un comportamiento de circunstancias, de una prueba de urbanidad. Pero le *coeur n'y était pas*. El público mostró su disconformidad sin ningún entusiasmo. Se notaba un evidente cansancio ante este ritual de la provocación tan codificado ya, tan memorizado que incluso forma parte de los usos y costumbres teatrales. Los artistas hacen su papel de provocadores; los espectadores, el de provocados. Y nos vamos a casa con la ilusión del deber cumplido. Ha pasado un nuevo día, hemos dado un nuevo paso hacia el sitio en que ya estamos.

Nada tengo en contra de un teatro de provocación siempre y cuando sea contemporáneo, siem-

pre y cuando atente contra la sensibilidad de hoy desde esa misma sensibilidad. «L'aperitiu», sin embargo, trabaja con materiales culturales y sociales —por así decir— de los años veinte. En la frontera de este siglo, Jarry fue mucho más allá: transgredió unas normas sin ajustarse a ninguna norma de la transgresión. En el mismo Romea, el «Magic Circus» mostró, hace un par o tres de años, que se podía seguir siendo revulsivo y atrapar al público en la trampa de sus arraigados prejuicios culturales, incluso los más nuevos como el de la participación. Pero «L'aperitiu» es, claramente, un producto cultural de contestación cultural, consciente de que imitar al cilindro de púas de una caja de música en base a reiteradas digitaciones es como un Mozart en segundo grado.

Esta, como se ve, es una crítica

de fondo, de lo que hoy denominamos «el planteamiento». Pero no acaba aquí un espectáculo. Hay que considerar también su realización material. Nada se le puede reprochar en este terreno, salvo la avaricia en las ideas y esta ingenua, casi infantil, necesidad de revelar, mientras suenan los aplausos, el secreto técnico de la inquietante mirada fija de los mimos.

«L'aperitiu» confirma el virtuosismo de Albert Vidal (muy por encima de Marisa Soler y de Toni Jodar, que no han encontrado todavía el ritmo interno, la «suspensión») y de Carles Santos. Conocíamos ya este virtuosismo y, por tanto, esperábamos de ambos intérpretes, de ambos creadores, una sesión de sauna más audaz. ¿Por qué no empiezan de una vez?